

Jorge Guillén

Cartas a Teresa

(1948-1984)

Prólogo de Guadalupe Arbona Abascal

Edición de Rosa Fernández Urtasun,

Margarita Garbisu Buesa y María Pilar Saiz Cerredá



Galaxia Gutenberg

JORGE GUILLÉN

Cartas a Teresa

(1948-1984)

Galaxia Gutenberg



Esta obra ha recibido una
ayuda a la edición del Ministerio de Cultura

Este libro ha recibido una subvención del Ministerio de Ciencia e Innovación a través del proyecto de investigación «Cartas a Teresa. Digitalización, contextualización y análisis de redes de las cartas de Jorge Guillén a su hija (1948-1984)», PID2019-105015RB-I00.

Publicado por
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Primera edición: enero de 2026

© Herederos de Jorge y Teresa Guillén, 2026
© de la introducción: Guadalupe Arbona Abascal, 2026
© de la edición, selección de textos y las notas: Margarita Garbisu Buesa,
María del Pilar Saiz-Cerreda, Rosa Fernández Urtasun, 2026
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2026

Preimpresión: María García
Impresión y encuadernación: Sagrafic
Depósito legal: B 547-2026
ISBN: 979-13-87605-00-1

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, aparte de las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear fragmentos de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

Índice

PRÓLOGO

<i>Cartas a Teresa: un epistolario que acorta distancias,</i> <i>por Guadalupe Arbona Abascal</i>	9
--	---

INTRODUCCIÓN

De padre a hija, de Jorge a Teresa, <i>por Margarita Garbisu Buesa</i>	17
Guillén en su epistolario, <i>por María del Pilar Saiz-Cerreda</i>	32
Las cartas de Teresa, <i>por Rosa Fernández Urtasun</i>	48
Bibliografía citada	71
Criterios de edición y base de datos	74

CARTAS A TERESA

(1948-1984) de Jorge Guillén	77
--	----

París, viernes 16 de enero de 1948

Queridos hijos:

Sí, a todos vosotros me dirijo, aunque solo me conteste Teresa. En su carta recibida anoche me dice –¡qué *élan*, Dios mío!– a propósito del silencio de la familia española, y especialmente del abuelito: «¿quieres que le escriba catastróficamente?». ¡Magnífico adverbio hiperbólico, que *sí* expresa las intenciones que animan a su poeta creador! Confieso que *ya* principio a impacientarme. Ya les he advertido que los esperaré hasta marzo. (Esta tarde iré a U.S. Line). Pero ¿y si no viniesen antes? A ese tipo de inercia un año no es mucho más que un mes. Escribe, Teresa, pero *tiernamente*.

Hacedme todos los encargos que os plazca. Retengo, pues, los ya hechos en la carta de anoche para Margot. Otro encargo de Teresa –no lo he echado en saco roto– se refiere a la situación de María de Oñate. Voy a redactar enseguida la carta al presidente –y con el mayor interés–. La conducta del que podría llamar, en elegante paráfrasis, «colaborador de Augusto» no me ha sorprendido, pero me ha indignado. Por cierto, esto me ha llevado a pensar en mis vacaciones. Vacaciones no solo respecto al trabajo sino a la maldad. ¡Qué descanso el de estos meses! No veo a nadie de quien deba o pueda desconfiar. Solo trato a amigos en cuanto amigos (*fuera de toda acción común*), y a esta familia verdaderamente ejemplar. Lo repito una vez más y lo repetiré más veces: no podéis imaginaros cómo me cuidan Grand'Maman y Renée. ¡Las dos, por supuesto! Las dos se desviven por darme gusto, tenerme contento y

procurarme la mejor alimentación y la mayor comodidad. ¡Y qué madre es Renée con sus hijos! Hace unos días cenaron en casa unos compañeros de trabajo de François con sus mujeres. ¡Qué esfuerzos hizo, durante toda la *soirée*, Renée para que todo marchase bien —y no pensando más que en dar gusto a François—! Yo creo, Teresa, que debieras escribir por fin una carta a *tante* Renée, dirigiéndote a ella directamente. Y a Margot. (No hay que prolongar demasiado las escenas con los que llegan a ser fantasmas de nuestra imaginación). Eso es lo que te diría tu madre —en forma más sencilla y enérgica—. Por cierto, se me ocurren ahora ciertas consideraciones sobre nuestra común vida pasada en que antes no había pensado. Claro: es la perspectiva final, la definitiva, y también es el método comparativo. M. Berl me ha hablado de cómo os habíamos educado. Pues no ha sido según una particular pedagogía; no hicimos más que vivir juntos, muy juntos y así expresar nuestro ser, lo que de veras somos. ¿Y cómo hemos vivido? Muy sencillo: en amor y en *verdad*. Me importa subrayar el segundo término. Con vuestra madre hemos vivido siempre, siempre, día por día (¿y cómo no llorar al recordarlo?), al nivel supremo que es el nivel de la verdad. Eso es lo que significaba aquella crítica, dura a veces (la verdad es, en definitiva, un régimen riguroso), pero que expresaba la integridad de aquel espíritu —y su fuerza—. ¿Habilidades? Nunca. La habilidad es la fuerza de los débiles; de ahí las tentativas laterales e indirectas y las acciones por carambola: para tocar una bola hay que poner en movimiento otras dos interpuestas. Sí, ese es uno de los aspectos de mi balance: *la verdad*. Mi madre vivió así. No hay duda alguna: es el vivir supremo (¡qué suerte la mía!).

He comenzado a escribiros con la intención de contaros mis últimas andanzas. Pero se me ha ido la pluma a otros asuntos más nuestros para contestar a la carta de Teresa. También surge en ella, en la carta, la cuestión Harvard. Siento yo también infinitamente que ese asunto no se resuelva en estos meses. Pero la batalla (*si bataille il y a*) no está perdida. ¡Terminaremos viviendo en Cambridge! De modo que Antó hace progresos en inglés. Ocurrirá pronto lo que siempre me imaginé: que Antó enseñará inglés al abuelo

en sus próximos paseos por... América. Contadme, contadme muchas cosas de Antó. Teresa no me dice cómo marchan los trabajos de Steve («trabajos» en su doble sentido: como estudios o escritos y como «trabajos de Persiles»). Ayer compré el número de *Realidad* dedicado a Cervantes. Devoré el gran artículo de nuestro maestro don Américo. (Anoche estuve con Bataillon y me habló con gran admiración de Américo y de ese artículo). También compré el nuevo libro de Juan Ramón: *La estación total*. Hay media docena de poemas buenos, entre los mejores de J.R.J. Pero el conjunto es flojo. ¡Y qué narcisismo –hasta un grado satánico–!

Una última recomendación: necesito que Claudie me diga, si ya no lo ha hecho (como supongo), si envió o no envió aquellos cien dólares. Necesito saberlo inmediatamente para proceder *en consecuencia*. Teresa: echa una mano...

Una última pregunta de Teresa sobre Grand'Maman. Grand'Maman piensa ir a Princeton primero (para evitar los demasiados recuerdos de Wellesley) en *esta primavera*. Yo, en mayo. Grand'Maman, poco después.

Adiós. Termino deprisa –por falta de este maldito tiempo– que es quien nos va matando gota a gota. Besos. Abrazos. Vuestro,

JORGE

París, viernes 23 de enero de 1948

Queridos hijos:

¡Tres meses ya! Como esta tarde no estaré libre y no podré acompañar a Grand'Maman –me espera a las cuatro en la Gare St. Lazare para ir a Arnière M. Asselineau, el que estaba en Harvard–, he comenzado el día yendo a Montparnasse. Al bajar de casa encontré en la portería la carta de Teresa –¡suerte, buena suerte!–; y en lugar de leer un librito de un *surréaliste* famoso –Antonin Artaud–, mezcla penosa de loco, farsante y buen literato, autor de unas *Lettres de Rodez*, escritas en el manicomio de esa ciudad (para la

curiosidad de este París, todo se convierte en espectáculo), en lugar de leer esas brillantes insensateces, leí y releí en el metro –ida y vuelta– la carta de mi hija («tu hija», como decía Antó). Llegué al cementerio, y encontré fácilmente la tumba –¡ya he aprendido el camino!– y allí estuve unos minutos, entre aquellos nombres bíblicos, frente a las casas de no sé qué avenida, sin decir las posibles oraciones, sin más posible acción que la del recuerdo. Me conmovió en aquel momento el cruce en mi memoria de vuestra madre y de la carta de Teresa. Aquí, en estas líneas, en esa hija, es donde está quien nos falta, mucho más, muchísimo más que en aquel cementerio. Pero ¡qué pobreza la nuestra, la mía, qué pobres para siempre! Y vuestra madre no sabrá lo que dice Antó, y no sabrá nada de la futura nieta. En este punto, yo, prudente, espero confirmación, y no quiero dejarme arrebatar por un... espejismo. No sé cómo disponerme a eso: a ser todavía más abuelo. ¿Será posible (tener más nietos, no hay duda) ser *más abuelo*? Antó me mantiene en mi plenitud. *I don't believe it*. Luego ¿ya habla inglés? Increíble para mí, si Antó no fuese la perpetua maravilla.

Teresa me habla de cuentas y cálculos económicos. En realidad, este mes no me ha quedado disponible más que 68,44 dólares, según el balance de Claudie. Naturalmente, apruebo todos esos gastos, y sobre todo me alegro de que se haya aliviado así la cuestión de enero en Princeton. Ahora bien, hay que tener en cuenta que debo a Madame Le Bail, la amiga de Margot, 100 dólares; ella no los necesita enseguida, pero yo se los he de reservar. Gasto poco, es verdad; ahora sabéis cuál ha sido mi fuente. Como necesito nueva inspiración, –y se me está acabando el soplo que me ha insuflado Jeannette Le Bail–, he acudido –independientemente de la familia, para mayor soltura– a Maurice Dreyfus. No sé cuánto me quedará disponible este mes de febrero. Ruego, pues, a Claudie cuál es el balance de mi cuenta –aproximadamente– el día 2 de febrero. Digo «el día 2», porque le ruego que, con fecha 1 de febrero envíe un cheque de cien dólares a «Guaranty Trust Company of New York, 140 Broadway, New York 15». Cheque acompañado de una carta diciendo que lo envía J. Dreyfus & Cía Ltda. Managua, Nicaragua.

En cuanto sepa cuál es el resto disponible dispondré de él y enseguida, porque la situación actual es favorable y podría empeorar.

En fin... «Que un hombre de mi linaje... Descienda a...».

Teresa: envía esta carta inmediatamente a Claudie y procura que se cumplan enseguida mis dos encargos: «operación» y «estado» de mi cuenta el 2 de febrero, es decir, *después de retiradas las cantidades que vosotros necesitáis*. ¡Ah! Y enviad los botes de leche a los Berl.

(Me han llamado para comer. ¡Un momento!).

Sigo. Durante la comida hemos hablado mucho de vosotros, de la última carta de Teresa (excepto de esa posibilidad de Antoñita). Y Claudie, a todo esto, estará reanimándose y pasando apuros en plena juventud heroica. Espero con ansiedad no precisamente los resultados, sino lo que él me cuente de todo el proceso de estas últimas semanas. A mí me ataca —una vez más— la angustia del tiempo. No tengo tiempo para nada. Se me van los días en ver a los amigos y a las nuevas relaciones que van engranándose. El martes almorcé en casa de Madame Texenay; casa muy ricachona, almuerzo literario (mientras el marido, gran industrial, trabaja) con los Supervielle, Jouhandeau, etc., etc. (La invitación fue de los Supervielle). ¡Y yo, a la derecha de la señora de la casa! —«Pero ¿soy el más viejo?» —le dije. *Non. Vous êtes le noble étranger*. Y el martes próximo se repetirá la escena en casa de otra señora; me lo acaba de pedir Madame Supervielle. Esta combinación de *modernité*, dinero y letras es muy de París. Agradable, sí, pero... Resultado: no tengo tiempo para nada. Sigo trabajando casi todas las mañanas (estoy ahora atareado con la «Noche del caballero», poema del que ya tiene noticia Claudie), pero voy a tener que consagrar todas mis horas domésticas a la correspondencia que tengo sin contestar. (Todavía me llega alguna carta de pésame).

Celebro que Teresa escriba a *tante* Renée; bien se lo merece la pobre. De espectáculos casi nada. Vi *Paisà*, la nueva película de Rossellini; la otra noche llevé a Grand'Maman a ver *The Best Years of Our Lives*. Esta noche seré invitado por R. Cogniat a la segunda representación de *La dama del alba*, *La dame de l'aube*, de Casona.

Los mejores años de nuestra vida, de la vida mía, ya sé yo, definitivamente cuáles son: los tengo a la espalda: París, Murcia, Sevilla, Wellesley... Siempre volvemos a los mismo: no hay remedio.

Besos, abrazos. ¡Escribid! Vuestro,

JORGE

París, lunes 26 de enero de 1948

Queridos hijos:

Me separan de vosotros si Dios y o Valladolid no se oponen, ocho semanas. Siete aquí, una semana de viaje, en suma, un soplo, un relámpago. Comienzo a sentirme en la zona intermedia del viajero. Pronto os acompañaré en Libby House, me pasearé con Antó, charlaré con Claudie de biblioteca en cafetería: el mejor programa para mí –en este epílogo de vida que es la vida mía–. Llegó la carta de Claudie con las informaciones sobre Harvard. Lo importante es haber trabajado y aprendido. Me sorprende mucho que Levin incurra en ese disparate de la adivinanza: lo peor del *American way of life* universitario. Todo se nos vuelve periodismo y radio: *information, please*. Cuéntame, querido Claudie, el fin de la película y hableme de los conocidos nuestros de Harvard. ¿Y «don Amado»? ¿Y Poggioli? (Pregúntale cuándo aparecerán nuestros poemas en la edición de Parma). Y no te apures contemplando la mezquindad de esas vidas de profesores tan escasos de todo. ¡Cada uno es y será cada uno! Todo se andará, sí, aunque sin la compañía indispensable. He leído no sé cuántas veces lo que Claudie me dice de vuestra madre. ¡Totalmente de acuerdo! *Nosotros* cuatro (es decir, cinco, seis, sabe Dios cuántos) *siempre*. Me conmueven, me hacen llorar, claro, esas palabras –tan enteramente verdaderas–. Claudie termina: «Se lo debo todo: no solo la vida, la salud, sino también lo poco que tengo, por dentro, de decente, de bueno y de fecundo». De acuerdo, salvo en lo de «poco» –aunque esa frase no sea del todo exacta en su forma literal–. Yo solo sé lo que Claudie, que nunca se ha sentido huérfano de padre, quiere decir y significar. Seguiremos,

seguiremos hablando de nuestro tema capital (todos los días que nos quedan por vivir juntos).

Visitas, conferencias, viajes en el metro, ojeadas a París, lecturas, escrituras: así van desarrollándose las semanas. Cogniat me invitó a ver *La dame de l'aube*. No está mal, pero me dejó, nos dejó fríos. (Y yo no sé apenas nada de este simpático y discreto Casona... otra laguna). Para un hombre en mi situación resulta particularmente artificiosa esa manera de simbolizar la Muerte, dama torva, de negras vestidas. ¡Señor, lo terrible no es eso, la Muerte que no existe, sino el muerto, los muertos sin abstracción que valga! Voy dos tardes cada semana al Colegio de Francia. (Dentro de un rato, a las cuatro y media, *me toca* el curso de Baruzi sobre la contemplación platónica). Pero ¡cuántas horas me llevan las gentes! Ayer tarde fui de nuevo a ver a Berl. Y anoche estuve, como todos los domingos, en mi «célula» como dicen en esta casa. ¿Demasiada insistencia? ¡Ca! Voy así, domingo a domingo, adquiriendo un conocimiento directo de ese círculo, o mejor, de ese ambiente, de ese estado de espíritu con tanta variedad y profusión de pormenores y aspectos que constituyen una verdadera «experiencia». Cada noche desfilan nuevos correligionarios. ¡Cuánto aprendí anoche sobre ese último grado del *dogmatismo fanático*! Sobre este punto os contaré muchas cosas (¡Y qué cura de toda posible tentación dogmática!). Se acaba el papel, son las cuatro. (Esto parece de pronto el cuento de don Lope de Sosa).

Besos a Antó. ¡Escribid, escribid! Teresa, no se te olvide el envío a los Berl.

Abrazos de

JORGE

París, martes 17 de febrero de 1948

Queridos hijos:

Ayer os escribí y hoy vuelvo a escribiros acerca del visado para Grand'Maman, porque ayer por la tarde estuve en el Consulado y

me dijeron que era preferible (y mucho más fácil) solicitar un visado de inmigración que otro temporal (como el que tuvo Grand'Maman el año 46). De este modo se pueden hacer cuantos viajes se desee con tal de salir provisto del *re-entry permit*. Eso es lo que vuestra madre quería conseguir para la suya. Resulta que la *quota* está abierta durante el mes de febrero; *hay que presentar la petición de visado antes del 1º de marzo*. Se necesitan ante todo dos *afidávits*: uno, el mío, renovación del que firmamos vuestra madre y yo; otro, de otra persona. ¡Y quién podría ser sino Steve! Ya he escrito a Claudie y a Justina rogándoles que me envíen los certificados (*To whom it may concern*) análogos a los que ya figuran en el anterior *afidávit*. Ahora me dirijo a vosotros, Teresa y Steve, para que preparéis, si no tenéis inconveniente en ello, la otra parte de la documentación requerida.

1º. Adjunto copia del texto que firmamos vuestra madre y yo. He sustituido el sujeto plural *we* por el *I* singular. Con ese texto a la vista podrá Steve redactar el suyo de un modo análogo. Si tenéis ocasión de consultarlo con algún «experto», acaso podría introducirse algún oportuno comentario y alguna variación. (Por ejemplo, en el párrafo-página 4: *The reasons why I am willing to undertake the obligation*, tal vez habría de insistir en que Mrs. Gilman es la nieta de Madame Cahen y la necesita).

En el primer *afidávit* decíamos... «*we plan to do this by taking into our own household*». Como ahora se trata de dos *afidávits*, firmados separadamente, de dos casas y dos ciudades, me parece que este propósito de alojamiento no corresponde a nuestra situación actual.

2º. Hay que legalizar el anterior documento ante un *notary public*.

3º. Y acompañarlo con varios certificados justificativos (universidad, banco, compañía de seguros, acaso otras respetables instituciones).

4º. Una vez todo listo, enviádmelo *enseguida, lo antes posible*.

Nada más. ¡Y ya es bastante! Grand'Maman tiene su pasaje, como sabéis, para el *De Grasse* del 13 de mayo.

¡Muchísimas gracias! ¡Cuánto os lo agradecería vuestra madre! ¡Qué bien la veo ocupándose de todas estas cosas, ayudando a Grand'Maman con toda su alma y su inteligencia!

Abrazos a todos. Besos a Teresa y a Antó. Vuestro,

JORGE

París, viernes 5 de marzo de 1948

Querido Claudie:

Queridos hijos:

Han llegado los documentos que pedimos a Steve. El affidavit y los pliegos adjuntos, incluso una carta de Ritter and Company: todo está muy bien. Muchas gracias, Steve. También hemos recibido los documentos que pedí a Justina. Únicamente nos falta –enojosa «casualidad»– el documento de la compañía de seguros que tuve la idea de solicitar por conducto de Claudie. ¿Quién es el responsable del retraso? Ni el hecho «histórico» ni su aspecto «moral» me interesan. Lo que me importa es tener esa pieza, necesaria para que yo pueda establecer mi affidavit. Con el mío, el de Steve y los papeles ya vencidos de Grand'Maman debemos ir lo antes posible al Consulado americano para *comenzar* las diligencias requeridas para el visado. Nos han dicho que lo normal es que la obtención del «visado de inmigración» exija cinco o seis meses. Es, pues, urgentísimo tener preparada nuestra documentación. ¿Qué has hecho, Claudie?

Siento molestarte y yo procuraré en adelante no causarte ni esta molestia ni ninguna otra. Te pedí también que escribieras al banco de Wellesley. Se me está acabando el dinero y necesito con urgencia cambiar los 100 dólares que deben ser objeto del *virement* o «transferencia». Tiemblo ante la idea de que esta operación no esté ya en marcha. El banco de Wellesley debe virar o transferir 100 dólares de mi cuenta al Central Hannover Bank and Trust Company, 70 Broadway, New York, para que este banco ponga esa cantidad a mi disposición en la Banque Jordaan, 3 rue St. Georges, París. Pero

¿para qué te repito el encargo? Si no estuviera hecho, avísamelo enseguida; tendríamos que apelar a otro procedimiento más rápido. Claudie: por Dios, escribe. No hagas como los de Valladolid, que ni vienen ni me explican sus planes.

Esta carta no tiene más que un interés práctico. Pero envíasela a Teresa. Estoy sin noticias vuestras hace bastantes días.

Abrazos a todos. Vuestro,

JORGE

París, domingo mañana, 7 de marzo de 1948

Queridos hijos:

El viernes pasado escribí a Claudie una carta urgente de carácter práctico. Hoy domingo, voy a pasar un rato con vosotros antes de volver a casa de Renée con Margot para comer. (Por la noche iré a cenar con Luisa. André sale hoy para Buenos Aires; volverá pronto).

Vuestras cartas, llegadas ayer, me emocionaron con una intensidad especial. Os lo explicaré poco a poco. Imaginaos si yo también tendré ganas de veros. Tengo ganas, tengo necesidad de estar con vosotros cuatro. Y sí, me hago la ilusión de que es verdad lo que dice Teresa: que «la presencia suya (la de vuestra madre) aumentará aún más cuando tú vengas y forma parte de esta impaciencia que todos tenemos». ¡Y pensar que ahora hay gentes que me conocen y creen *verme*, y no han conocido a vuestra madre! Claro, ni me conocen ni siquiera me ven. Y de ello estoy seguro, porque así es ahora y será en el porvenir. ¡Cuánto echo de menos la presencia física de vuestra madre leyendo lo que Claudie me dice de esa muchacha de Santo Domingo! Y no es que me preocupe *mi* responsabilidad, *mi* papel. Lo que me emociona es el hecho en sí mismo, su gravedad: esa carta, misteriosa, incógnita, incognoscible de antemano, esa carta es la principal en el juego de nuestra vida. ¡Dios mío! (Y me falta la respiración). También me impresiona particularmente la carta de Claudie a Grand'Maman. No diré nada del *fait accompli*. Ahora bien, yo ruego que no se vuelva a hablar directamente de ese

asunto Lajeunesse, ni siquiera aludirlo. A lo hecho pecho, y no seré yo quien lo desmienta. Pero *basta*. Ya os explicaré de palabra por qué el adverbio «bastante» debe cerrar –por ahora, al menos– la expresión de ese disentimiento.

Renée se encuentra cansadísima, agotadísima, llevando una vida de trabajos y agobios y sacrificios incesantes. Su salud es muy floja. Realmente atraviesa una crisis que ojalá no se convierta en un *ner-vous break-down*. No necesito insistir en todo lo que hace para cuidarme, para que engorde, para que me sienta a gusto en su casa. Grand'Maman desea con toda su alma llegar a América lo antes posible, sobre todo, antes del acontecimiento de agosto; y la contrarían muchísimo las probables dilaciones en la obtención del visado. De ahí la impaciencia con que espera cada día –con que esperamos– el documento que he tenido la idea –tal vez desafortunada para Claudie y para nosotros– de pedir a Claudie. Grand'Maman ya ha sido convocada por el Consulado para la presentación de los papeles requeridos. Y hay que presentarlos todos. Y todos los tenemos, excepto la carta de mi compañía de seguros –necesaria para establecer mi modesto afidávit–.

Claudie me escribe una carta interesantísima, pero ni me envía ese papel ni me dice nada de ello. Tampoco se refiere a mi encargo bancario. Y estoy en las últimas; ya hace varias semanas que intenté iniciar la operación: la transferencia de una cantidad –100 dólares– de un banco a otro, corresponsal del Banco de París, que me cambiará ese dinero. Yo, naturalmente, entre el nivel de esas cosas y el séptimo cielo, prefiero el séptimo cielo. Pero esta vez tengo –¡ay!– que insistir en el otro nivel. Por eso, por esta urgencia –urgencia doble– dirijo la carta a Cambridge. Yo suelo recomendar a Teresa que sea ella quien reexpida mis cartas. Pero ¿también tú, Teresa, vas a adoptar el ritmo español, la intermitencia de Valladolid?

(Sigo sin recibir la menor explicación de su plan: ni el abuelito ni José ni Jesús me escriben. ¡Hombre, hombre! Ya es demasiado abuso de confianza...).

Me da pena, Teresa, que arrastres un presente que te canse y te deprima con su porvenir. ¡Ánimo! Y puesto que el médico te

encuentra muy bien, no hay más que tener paciencia y con la gran esperanza que habría tenido tu madre. Esperanza, confianza, alegría. ¡Sí, hablará italiano también esa niña! (¡Qué deseos se me exasperan de ver a Antó! Decidle que le quiero mucho, mucho, mucho...).

Yo también quiero leer *The Republic of Silence*. Acabo de leer *Humanisme et terreur* de Merleau Ponty, interesantísimo. (Quisiera conocer al autor, amigo de Arnavon. Por cierto, cené el viernes con ellos. *Amabilísimos los dos*. Monique acaba de salir de una *jaunisse*, una ictericia, y va a marcharse a Marsella).

Ha vuelto de Roma Mathilde Pomès, enferma todavía. La veré con frecuencia mientras siga sin salir de casa. Anoche asistí a la representación de la prensa de *Occupe-toi d'Amélie*, un *vaudeville* repuesto y recreado por J. L. Barrault, invitado por Madeleine Ozeray. En la platea, ella y su marido y Madame Giraudoux y servidor. Había gente conocida, Aragon, Éluard, Cocteau... Me reconoció una señora que añadió: «*Je suis la fille de Valéry*». Distinguida, simpática (pero está mucho mejor la hija de Jorge Guillén... *Suis-je bête!*).

Me espera Margot. Tengo que contestar como es debido al resto de la carta de Claudie. Le abonaré a *Critique* o *Les Temps Modernes*; y Cassou ha aceptado publicar algunos de los poemas de Pierre Schneider en *Europe*; le he escrito ayer pidiendo a Cassou precisiones, escribiré muy pronto al joven sabio de Harvard.

Por Dios, Claudie –y perdona mi insistencia– ocúpate de esas dos cosas urgentísimas. Y remite enseguida esta carta a Steve y Teresa.

Abrazos a los cuatro. Y muchos besos a Antó.

JORGE